

## En memoria de José Agustín Catalá

RAFAEL SIMÓN JIMÉNEZ\* pp. 183-189

El 11 de febrero de 2015, cuando José Agustín Catalá cumpliría 100 años, se le hizo un homenaje en el Trasncho con la presentación de dos documentales sobre él realizados, uno por Macki Arenas y el otro por Carlos Oteiza. Después de su proyección, ambos dijeron unas palabras en su recuerdo junto con Milagros Socorro y Rafael Simón Jiménez. A continuación presentamos la semblanza que de Catalá hiciera este último.

Por lógicas razones generacionales, no fui de los amigos más antiguos de José Agustín Catalá, pero la empatía y la identificación que surgió desde nuestro primer encuentro compensó cualquier rezago, y puedo decir con orgullo que, en los últimos años de su vida, no hubo una persona más cercana, ni que compartiera y lo frecuentara más que yo.

Había leído casi todas sus publicaciones, comenzando por el famoso *libro negro*, que lo hizo legendario en las luchas anti dictatoriales y que luego fue reimpresso muchas veces en tiempos de democracia; los libros testimonio de su hijo político, José Vicente Abreu: se *llamaba S.N.* y *Guasina donde el río perdió sus siete estrellas*, y documentos impresionantes como los expedientes llevados por la tenebrosa policía de la dictadura, recopilados bajo el título «Los archivos del terror». Eran incontables los textos que testimoniaban su esfuerzo de hacedor de libros desde finales de la década de los cuarenta y que él preservaba celosamente.

Al entrar a su oficina de muchos años, en la subida de Maripérez, un cartel ubicado sobre su escritorio invitaba al trato con confianza: ¡No me diga doctor, llámeme José Agustín Catalá! Esa era la antesala del dialogo con aquel hombre cuya tenacidad y constancia lo llevaba, con casi 97 años, a cumplir una exigente jornada de actividades que prolongaba mañana y tarde, y en la que planificaba proyectos editoriales para otra centuria de vida. Al morir estaba trabajando en nuevas ediciones sobre aspectos desconocidos de la lucha contra Pérez Jiménez, especialmente en el plano de la conspiración militar; se afanaba entonces en tratar de desbloquear las aprehensiones de su entrañable amigo, el ilustre historiador

\* Historiador, abogado, docente, escritor, exparlamentario.  
Correo-e: rsjimenezm@hotmail.com

y ex presidente Ramón J. Velásquez, por detallar las circunstancias que, en medio de la actividad clandestina, lo llevaron a la cárcel de Ciudad Bolívar, acusado de formar parte de un complot para asesinar al dictador.

Para la mayoría de los venezolanos, incluso para los viejos dirigentes de AD, José Agustín Catalá era considerado un militante de ese partido. Un adeco sin carnet, sobre todo por los nexos de estrecha y solidaria amistad que lo unieron a muchos de sus líderes, Rómulo Betancourt y Gonzalo Barrios, entre ellos, amén de los desaparecidos Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevalli, y además por su participación decidida y valiente en la lucha anti dictatorial.

Sin embargo, el propio Catalá se encargaba siempre de recalcar su condición de independiente y lo explicaba precisamente porque la fortaleza de sus criterios y convicciones no podían someterse al fórceps de una disciplina política. En relación a este tema, el mismo proclamaba «...yo soy un adeco sin línea, sin carnets, y sin militancia, liberado de toda disciplina. Un adeco de ficha, de archivo, con el derecho bien ganado de tener amigos de cualquier filiación política que quiera tener, y de decir en voz alta lo que se me ocurra...»

Proclamaba con orgullo su amistad, admiración y respeto por Rómulo Betancourt, pero también en más de una oportunidad remarcó sus diferencias con el fundador de AD. Tal fue el caso cuando desde Berna el ex Presidente se opuso a las legítimas aspiraciones candidaturales del maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, pretendiendo que Catalá reprodujera la carta dirigida a la militancia del partido donde se confrontaba la postulación del educador Margariteño. Catalá se negó de plano y le dijo al sindicalista Rafael Reyes, portador del documento, que aquello constituía una maniobra inaceptable para quien había compartido con Rómulo los afanes de la fundación del partido desde el viejo PDN. Catalá, renegando de las posiciones del máximo líder adeco y de su paisano y entrañable amigo Gonzalo Barrios, optó por un apoyo público y su incorporación a la campaña de Prieto, gesto que en absoluto melló su relación con Betancourt o con Barrios, ajenos a las adulancias e incondicionalidades.

Catalá poseía una de las mejores recopilaciones bibliográficas de Rómulo Betancourt, muchas de cuyas obras editó o reeditó. Conocedor de mi interés por la trayectoria y el ideario del ex presidente, un día, cuando se decidió a reducir sus archivos y depósitos, me invitó con palabras conminatorias: ¡Agarra todos los libros de Betancourt que quieras, tú serás el mejor depositario de ellos! lo que hice de inmediato, permitiéndome tener acceso a textos dedicados por el propio ex mandatario y otros con anotaciones o mutilaciones al margen, que era, según Catalá, la forma como Betancourt corregía sus trabajos para las reimpresión de sus obras.

Otro rasgo de la personalidad del veterano editor era su visión amplia, progresista, negada a cualquier concepción estrecha o sectaria de la amistad o la política; todas las causas de avanzada siempre contaron con su entusiasmo, lo que le permitió cultivar relaciones y

afectos en todos los sectores. Conocida es su relación estrecha y solidaria con Gustavo Machado, el icono del comunismo criollo y con casi todos los líderes de la izquierda Venezolana, incluso en los tiempos violentos y tormentosos de la lucha armada de los años sesenta.

Siempre solía repetir Catalá la anécdota de sus tiempos de sub secretario de la Presidencia de la Republica, cuando un día Rómulo Betancourt lo convocó a una reunión nocturna en la Residencia Presidencial de los Núñez y él se excusó de asistir, invocando un compromiso social ineludible, a lo que Rómulo con confianza y sorna le espetó: ¿Qué compromiso puede ser más importante que reunirse con el Presidente, que además es tu superior? Y este le contestó: «tengo que asistir, como todos los años, al cumpleaños del líder comunista Gustavo Machado», ante lo cual Betancourt en una falsa reprimenda lo acusó de ser «Rosado» es decir simpatizante de los Rojos, para luego, al día siguiente, movido por la curiosidad, preguntarle cómo había estado el festejo y expresarle su respeto por Machado.

Cuando los militares, el 24 de noviembre de 1948 protagonizan un nuevo golpe de fuerza contra el distinguido novelista Don Rómulo Gallegos, Catalá, que se desempeñaba como director de la Imprenta Nacional y se encontraba en Estados Unidos gestionando la compra de una nueva maquinaria para modernizar las impresiones oficiales, regresó sin retardos y procedió a renunciar a su cargo ante el nuevo ministro del interior y miembro de la Junta Militar, Comandante Luis Felipe Llovera Páez, quien, previa inspección de la Contraloría General de la Republica, dio el visto bueno y finiquito a sus cuentas y desempeños. De inmediato, Catalá se puso en contacto con la incipiente resistencia a la dictadura y se incorporó de lleno a las actividades clandestinas, coordinadas por el secretario general de AD, Leonardo Ruiz Pineda.

Catalá reasumió, durante esos primeros años de la dictadura, su labor como editor privado a través de la firma Ávila Gráfica, en cuyos talleres ubicados de Cipreses a Santa Rosalía, en pleno centro de Caracas, se imprimían trabajos literarios y poéticos con un inconfundible sesgo anti dictatorial; creaciones en apariencia inofensivas de Aquiles Nazoa, Pedro Laya, Luis Pastori, Lucila Palacios, Alberto Ravell, Alarico Gómez y otros intelectuales desafectos del régimen, que le generarían a Catalá y a su negocio de impresión los primeros encontronazos con la policía de la dictadura.

Precisamente en los talleres de esta imprenta fichada por los esbirros de la tiranía, nacería, extrañamente por iniciativa de un militar patriota y democrático, el capitán Juan Bautista Rojas, la idea primigenia de lo que luego sería el «Libro Negro» de la dictadura. Uniformado y a plena luz del día, el oficial que terminaría entregando su vida en el fracasado golpe de Maturín del 10 de octubre de 1952, entró a la editorial Ávila Grafica y solicitó al propio Catalá el catálogo de títulos de la empresa y un libro específico «El ruiseñor de Catuche» de Aquiles Nazoa, para luego, entrando en confianza, sugerirle la necesidad de reunir, en un solo texto, todos los crímenes, robos y desmanes del régimen para que los

venezolanos y sus propios compañeros de las Fuerzas Armadas supieran lo que ocurría en el país. Extrañado y desconfiado ante la propuesta del oficial, Catalá trató de hacerse el desentendido, y este en el mayor secreto, le ratificó su propuesta con una advertencia ¡Mientras más pronto se publique ese libro mejor!

Catalá pasó de la sorpresa y de las aprehensiones a la iniciativa, transmitiendo la propuesta al jefe de la resistencia, Leonardo Ruiz Pineda, por intermedio del Dr. Ramón J. Velásquez y de inmediato, y en las más precarias condiciones, pusieron a andar el proyecto que parecía imposible en medio del terror que desataba la dictadura. Trabajos de René Domínguez, Jorge Dáger, Simón Alberto Consalvi, Ramón J. Velásquez, Héctor Hurtado y el propio Ruiz Pineda, retratando los crímenes, las corruptelas y la situación económica, social, gremial y de libertades públicas que padecía Venezuela, engrosaron el texto, cuya parte más difícil, su impresión, levantamiento, encuadernación y embalaje corrieron por cuenta de José Agustín Catalá, quien, echando mano a un valor temerario, procedió a cumplir ese riesgoso trabajo a plena luz del día y en la cara de los esbirros de la tenebrosa Seguridad Nacional que estaban apostados permanentemente a las puertas de la imprenta.

«Venezuela bajo el signo del terror» constituyó un desafío y un duro golpe a la dictadura, la cual, sorprendida por la circulación del libro, comenzó una labor de rastreo, investigación, persecución y torturas, bajo las órdenes directas de Pérez Jiménez y Pedro Estrada, para encontrar a sus responsables a cualquier costo. Las pesquisas comenzaron en Méjico, pues en el texto de la proscrita edición se leía: «Este libro se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 1952, en los talleres de la Cooperativa de la Industria Gráfica Mejicana, editorial Centauro, apartado 2480, Méjico D.F. Al constatar la falsedad de la mención, los esbirros concentraron su asecho sobre el único editor capaz de haber realizado ese riesgoso trabajo en Venezuela: José Agustín Catalá y a pesar de la falta de pruebas concluyentes que lo incriminaran, procedieron a aplicarle todo el catálogo de sevicia y crueldad de la Seguridad Nacional. Torturas y una larga pasantía carcelaria por las ergástulas de la Cárcel Modelo y en Ciudad Bolívar, constituirían el doloroso corolario de esta desafiante aventura editorial. Del «Libro Negro» dirá José Vicente Abreu, como prologuista de su reimpresión en 1974:

... En cierto momento fue el alma de la resistencia porque encarnaba el más elocuente desafío a la dictadura y a su poderosa policía política. Y como había burlado el cerco de acero de los medios de impresión estrechamente vigilados, chequeados, allanados con regularidad, parecía la obra de un brujo de las ediciones clandestinas...

A pesar de que el denominado «Libro Negro», constituye la más renombrada hazaña editorial, que coordinara Catalá durante la dictadura perezjimenista, su labor más trascendente e intemporal sería su dedicación a recoger y acopiar toda la información de ese tiempo de terror y supresión de libertades, y, luego de derrocada la tiranía, el hecho de dedicarse

con fe de carbonario a una labor de difusión y divulgación de todo cuanto había significado aquel tiempo terrible para los venezolanos.

En nuestras prolongadas conversaciones, me confesaba Catalá que durante sus afanes clandestinos y sobre todo, luego de caer preso en los calabozos de la Seguridad Nacional en la Cárcel Modelo y la cárcel Nueva de Ciudad Bolívar, le asaltaron las primeras preocupaciones porque todas las violaciones, crímenes y desmanes de la dictadura cayeran en el olvido y la impunidad, como en cierta forma había ocurrido al término de la tiranía Gomecista. Ello lo llevó a la convicción de que había que realizar con labor de filigrana una recopilación de los venezolanos presos, torturados, asesinados, exiliados y perseguidos por el régimen, para además —y como siempre me lo recalaba— evitar los falsos héroes o las falsas víctimas que luego iban a tratar de cobrar supuestos suplicios.

Catalá, con paciencia encomiable, se dedicó a documentar toda la realidad de las víctimas de la dictadura y con los métodos más rudimentarios: escribiendo en papel cebolla y sacando la información acopiada mediante los más inverosímiles medios que burlaran la vigilancia de sus carceleros. Logro así constituirse en el gran cronista de esa década dictatorial, lo que luego incrementaría al ponerse en posesión de los archivos de la Seguridad Nacional; copiosa información sobre las actividades represivas del régimen.

Al caer la dictadura, el mismo 28 de enero de 1958, Catalá inició una acusación ante los tribunales y el Ministerio Público, solicitando justicia y castigo para los crímenes y violaciones del decenio militar, dando inicio a lo que sería una labor impenitente e incansable de denuncias, testimonios, crónicas y recopilación sobre los desafueros dictatoriales. Su perseverante labor durante más de 40 años permite que los venezolanos del presente y del futuro tengan acceso a fuentes de información invaluable sobre ese período histórico y su significación, en término de atropellos y pérdida de libertades y de dignidad humana.

El Centauro, el mismo sello editorial que había servido para engañar a la dictadura, al colocarlo como responsable de la impresión del «Libro Negro», será, en tiempos de democracia, el instrumento a través del cual Catalá publicará cientos de libros que dejarán al descubierto los robos, crímenes y desmanes de la dictadura. Pérez Jiménez, Pedro Estrada, Laureano Vallenilla, Llovera Páez, quedarán en evidencia, al igual que los cientos de esbirros de la Seguridad Nacional, por su saña criminal o su adicción a los dineros públicos.

Mientras una parte importante de los dirigentes democráticos, que combatieron contra el régimen militar, se dedican a disfrutar sus nuevas posiciones y a ver con lejanía o indiferencia lo ocurrido, Catalá persevera y lo hace, no como ejercicio de retaliación o de venganza, sino con el sentido pedagógico de instruir a las nuevas generaciones de venezolanos sobre lo que significó vivir sin libertad, sin derechos y con miedo, y la necesidad de impedir que esa etapa de degradación humana y moral pudiera volver a repetirse.

Honesto a carta cabal, el renacer democrático le permitió a Catalá desempeñar posiciones claves: subsecretario de la Presidencia de la Republica; liquidador del Plan de Emergencia; secretario del Senado y director de los servicios administrativos del Congreso Nacional; director de la Imprenta Nacional y de las publicaciones de Miraflores. Y en todas ellas dejó el sello de su probidad, eficiencia y bonhomía. Contaba entre su prodigioso anecdotario cómo, a propuesta de COPEI, partido contrario al de sus simpatías de siempre, fue electo en 1971 como secretario del Senado y del Congreso, y cómo se dio el caso insólito de que hasta la fracción Pérez Jimenista, de la Cruzada Cívica Nacionalista, sumara los votos para su nominación por reconocer que, a pesar de haber sido el más enconado adversario del derrocado dictador, no le faltaban méritos ni honradez para desempeñar la secretaría del parlamento.

Catalá, como muchos venezolanos anhelantes de justicia y honradez administrativa, sintió simpatías iniciales por el cambio político materializado en diciembre de 1998, e incluso accedió a colaborar en comisión de servicios en la oficina de publicaciones de Miraflores. Sin embargo, la decepción no tardaría en llegar para un hombre que había hecho de la causa de la honestidad, la democracia y la libertad, el motivo fundamental de su existencia. Le resultaban incompatibles los rasgos autoritarios y corruptos que se hacían presentes en una propuesta que terminaría siendo atalayica en personalismo, autoritarismo y rapiña, y de allí que prefiriera renunciar a su transitoria posición y volver a su refugio de Maripérez. Allí, rodeado de libros, fotos y documentos realizaba su diaria jornada, asistido de la imprescindible Libia, testigo y copartícipe por muchos años de todas sus iniciativas editoriales, y de los amigos que complacidamente disfrutábamos de su amena conversación, siempre salpicada de mil y un anécdotas.

José Agustín Catalá deja un legado que el tiempo se encargará de engrandecer y hacer imperecedero, porque su dedicación incansable a la promoción de la democracia, la libertad, los derechos humanos y la probidad administrativa, a través de sus cientos de títulos, constituyen un acervo documental, político y humano para un pueblo que ha demostrado su lucha indoblegable e intransigente contra el despotismo y la tiranía.

Para decirlo con palabras de Miguel de Unamuno, José Agustín Catalá fue nada menos que todo un hombre, y quienes tuvimos el privilegio de su afecto y su amistad, lo proclamamos con orgullo.

En mi libro «Militares contra el militarismo» hice a Catalá una especial dedicatoria con las siguientes palabras:

A José Agustín Catalá el gran editor de la democracia venezolana, quien no solo desafió el terror de la última dictadura militar y padeció todas sus consecuencias, sino que también ha empeñado por décadas su infatigable esfuerzo por recoger la memoria histórica de

aquel tiempo de horror, para que como un aldabonazo permanente en la conciencia de los venezolanos, se impida que aquella experiencia vergonzosa y trágica pueda volver a repetirse.

Hoy, los venezolanos en este trance terrible que vivimos y al que a veces no le encontramos soluciones ni salidas, podemos buscar en José Agustín Catalá, en su vida, en su coraje, en su pedagogía, en su beligerancia libertaria, en sus ejecutorias y en su temple, ejemplo e inspiración para redoblar nuestra confianza y nuestra lucha, por un seguro renacer de la democracia y la libertad en nuestra patria. Por eso quisimos recordarlo como fue y será siempre, hoy, cuando hubiera cumplido 100 años.